

cercado de los indios y de hambre, que lo guirreaban, que no osaban salir á buscar hierbas que comiesen, no esperando remedio de alguna parte; y puesto que muchas veces quisieran huir, pero los indios luego eran con ellos y los atajaban, y así pensaron más morir de hambre quizá que de los flechazos. Vistolo asomar de nuevo, luego todos huyeron que no osaron parar. De allí fueron todos juntos á las tierras de Chepo y Chepanere, Caciques y señores principales, quemando, y abrasando, matando, y robando cuanto vivo hallaban; decían que por hacer venganza de un español que le mataron á la entrada. Y, porque los indios se rehacían para venir á dar sobre ellos, acordó Tello de Guzman de enviar mensajeros al Cacique más principal, ofreciéndole paz y amistad y dando excusas de los daños que les había hecho, y que no tuviese temor desde adelante; convenciéndose aquel señor, y vino á vellos de paz, y llevólos á su casa, y hízoles todo buen hospedaje, teniendo por cierto que lo que le prometió había de ser verdad. Estando un día comiendo en mucha buena conversacion y hermandad, llegó, según dijeron, un muchacho á quejarse con ciertos indios que le acompañaban, el cual dijo al capitán Tello de Guzman, que aquella tierra y señorío era suyo, y no de aquel que allí estaba, porque su padre, que era el legítimo señor, al tiempo de su muerte se lo dejó por tutor y gobernador de aquel estado, pero que despues se había con él alzado y á él desterrado, y por tanto, que le rogaba que contra él le ayudase. Tello de Guzman, como hombre muy justo, y como si fuera Alcalde en su tierra y casa, creyendo que el mozo decía verdad, mandó luego ahorcar, al que le tenía y hospedaba con fiesta en su casa, de un árbol, aunque, diz que, le pesó por cierto oro que le había dado; porque veais éstos cuán absolutos y libres son para cometer todo género de pecados. ¿Quién los hizo á éstos en tierras y señoríos ajenos Alcaldes? ¿No le pesaba de quebrantar la fé y seguridad que le había dado, y pesábale, por el oro que del había rescibido, matarlo? Item, ¿qué sabía si aquel muchacho decía verdad, ó si el que poseía aquel señorío era más legítimo señor que su padre? y con qué testigos hizo el muchacho su probanza y el poseedor si fué oído y defendido y convencido en juicio contradictorio? Entregó, diz que, Tello de Guzman, siete Capitanes que servían al señor ahorcado, los cuales hizo luego el muchacho

con gran osadía y rigor hacer pedazos; dió el muchacho en señal de agradecimiento á Tello de Guzman 6.000 castellanos: por aquel precio ahorcara Tello de Guzman á 400 que le demandaran.

Porque Panamá era por aquella tierra muy nombrada, propuso Tello de Guzman de ir allá, donde no halló sino algunas casas de pescadores, de lo cual, el nombre de Panamá, la última lengua, se derivaba, porque Panamá quiere decir en aquella lengua, lugar donde se toma mucho pescado. Envió desde allí á un Diego Albitez con 80 españoles, con los cuales fuese á robar y captivar los vecinos de la provincia de Chagre, que debía estar de allí ocho ó diez leguas, el cual entró por los pueblo al cuarto del alba, tomándolos todos durmiendo y descuidados, pero no les quiso hacer daño, que fué imagen, para ellos, de milagro. El Cacique, viendo que los pudieran matar y captivar y robarlos, en señal de agradecimiento, con grande alegría dió á Diego Albitez 12.000 castellanos. Visto tan buena pella de oro, tan á la primera mano, creyendo que quien tan fácilmente daba tanto debía tener veinte tanto, pidióle que le hinchese de aquel metal un costal grande. Rescibió el Cacique derto mucha pena, y algo airado le respondió: "que lo hinchese de piedras del arroyo, que él ni tenía más ni criaba el oro;" confuso Diego Albitez de la respuesta del Cacique, tuvo por bien de se ir, sin consentir que se le hiciese por aquella vez mal ni daño. Tornóse Diego Albitez á juntar con Tello de Guzman en la tierra del cacique Pácora, la media breve, holgáronse todos mucho con el mucho oro que llevaban, y de allí acordaron de se volver al Darien á ofrecer su parte á Pedrarias y al señor Obispo, y á los demas que habían de haber sus partes por los criados que enviaban. Yendo su camino, y llegados á Tubanamá, que tantas veces había sido corrido, robado y agraviado, vieron mucha gente de guerra que los estaba esperando con algunas banderas de camisas de lienzo, ensangrentadas de los españoles que habían muerto, y con gran gritaría, que así los habían de matar, como á los que la villa de Sancta Cruz habían poblado, de que arriba se dijo algo; los cuales, como venían cansados, y quizá porque Dios los acabardaba, tuvieron gran temor, y todos desmayados, no curaron más que de huir haciendo acometimientos para su defensa de cuando en cuando. Do

esta manera huyendo, y llegando á la tierra de Pocorosa, á quien Juan de Ayora, como arriba fué dicho, quebrantándole la fé y paz y seguridad, hizo tantos daños, pensaron perecer de sed por falta de agua; y acaeciósles aquí una cosa maravillosa, para demostracion de la pena que merecía la sed de oro que traían siempre en su ánima, que, como padeciesen gran tormento de sed, á trueque del oro que llevaban les vendieron los indios el agua. Esto no debían los indios de hacer por codicia de haber el oro, que en tan poco ellos tenían, sino por lastimallos en aquello que más amaban y en tanto entendían que estimaban. Finalmente, de día defendiéndose, peleando, y de noche huyendo cuanto más podían, los más dellos mal heridos, salieron de aquellas comarcas y de sus peligrós.

Llegados al Darien, destrozados y con ménos oro que traían por haber dado mucho dello por el agua, cuando de sed precian, como estaban muy tristes de las adversidades que á Vallejo y á su compañía poco ántes había acaecido, y sobre todos Pedrarias angustiado, sobreviniendo el desastre de Tello de Guzman, pensaron todos ser ya asolados. La tristeza y angustia y miedo que sobre todos los del Darien vino, y la desesperacion de Pedrarias, no puede fácilmente ser explicado; si miraban hácia las sierras, ó montañas, ó llanos, las ramas de los árboles y las hierbas de las zabanas ó llanos indios armados se les antojaban, y si consideraban la mar, les parecía que venía de canoas y gente de guerra cuajada. Con estos pensamientos é imaginaciones, que les causaban terribles temores, andaban como atónitos, no solo haciendo corrillos, pero cuasi á voces los publicaban clamando. En esto, el buen Pedrarias, como desesperado, mandó cerrar la casa de la fundicion, donde aquel tan sangriento é infuero oro se fundía, que entre ellos era señal de guerra ó de hambre, como si Pedrarias más claro dijera: "más nos vá que juramento perder de ir á robar oro el cuidado, porque más es tiempo de buscar remedio para salvar las vidas, que en allegar hacienda ocuparnos." Parece que mandar cerrar la fundicion, Pedrarias, en señal de guerra ó de hambre, quiso parecer al Templo de la Paz, que edificó Vespasiano en Roma, el cual, los romanos, cuando abrian, era señal de guerra, y de paz cuando lo cerraban; entendiéndose en nuestro caso los fines y significaciones por el contrario. En

tre las presentes angustias vino tanta devocion á Pedrarias, y en ella le debía el Obispo de ayudar, de mandar que se hiciesen oraciones y plegarias para que, diz que, Dios quitase su ira de sobre ellos; tanta era su insensibilidad que no atendían á que los nefarios crueles é inexpiables pecados que, contra Dios y sus prójimos, destruyendo é infernando aquellas gentes, solo por roballos y captivallos, cometían, era la causa: parece que habían venido en sentido reprobado, del cual habla San Pablo. El conocimiento y arrepentimiento que dellos tenían confirmarse há por lo que se dijere adelante. Y parece tambien que Diego Albitez, que de ésta se escapó, con ambicion de sólo ya gobernar, como se via rico de aquel oro descomulgado, envió á Castilla, de secreto, á un marinero llamado Andres Niño, tambien de pensamientos no bajos, para que le trujese del Rey una gobernacion de la mar del Sur, á quien dió para que lo fuese á negociar 2.000 castellanos; de este Andres Niño no es poco lo que queda por decir abajo.

CAPITULO LXIX.

Expedicion de Gonzalo de Badajoz.—Industria de que se valió para hacer penetrar á los españoles luego que llegó al puerto del Nombre de Dios.—De lo que hizo con los caciques Tatanagua, Tataracherubi y Tabore.—Manda á Alonso Perez de la Rúa á la tierra de Natá.—Del oro que allí recogieron y del medio que usaron para librarse de los indios alzados.—Juntáseles Badajoz y prosiguen sus correrias en los dominios de varios Caciques.

Para enmienda de los pecados presentes y pasados, y por ayudar á las oraciones que mandaba hacer Pedrarias y el Obispo, porque Dios dellos su indignacion alzase, acordó Pedrarias de enviar otro Capitan, la costa abajo, llamado Gonzalo de Badajoz, en un navío con 80 hombres (y despues le envió otros 50 ó poco más), para que desde el Nombre de Dios, ó algo más abajo, pasase á la mar del Sur y toda la gente della allanase; que no era otra cosa sino roballos, ya que lo sufriesen por sus tierras y pueblos entrar, y si les resistiesen, como dellos con tanta razon no se fiasen, los guerreasen,

matasen y captivasen. Y aún, según su costumbre, á los que quizá los recibieran de paz y les dieran todo el oro que tuviesen, no esperaban á tanto, sino comunmente, dando en ellos al cuarto del alba, los salteaban y hacían en ellos lo que arriba queda declarado. Deste Badajoz hay que decir cosas señaladas. Embarcado con su gente en el mes de Marzo de 1515 años, váse la costa de la mar abajo, y llegados al puerto del Nombre de Dios, desde vieron la fortalecilla que había hecho el desafortunado Nicuesa, y infinitos huesos y cruces sobre montones de piedra, que cubrían los cuerpos de los muchos suyos que allí habían muerto de pura hambre, comenzaron todos á temer y á desmayar, y á poner dificultades en la pasada adelante. Viendo su desgracia, Gonzalo de Badajoz mandó luego al Maestro del navío que sin dilación se tornase, por quitar la esperanza de la gente de se arrepentir de la salida, porque no les quedase otro remedio sino pasar adelante; y así se puso por obra, que subieron las sierras de Capira, que son muy altas, y de allí á la tierra del cacique Totanagua, señor de mucha tierra y gente serrana; al cual, como hallasen durmiendo y descuidado, dando de noche sobre él, prendieronlo y robáronle hasta 6,000 castellanos. De allí, antes que los demás fuesen avisados, llevando aqueste señor preso, van á dar al cacique Tataracherubí é hacen otro tanto, pero escápasele de sus manos, donde tomaron 8,000 pesos de oro, y lo que mas pudieron haber á las manos. Robaron y destruyeron otros muchos pueblos, y tomaron mucha gente por esclavos. Rogó á Badajoz el cacique Tabore que lo soltase, y que lo daría por su libertad otros tantos castellanos, y así, rescibidos, lo libertó y dejó volver á su casa. El cacique Tataracherubí acordó de venir de su voluntad, antes que lo tomasen, para ver tambien si podia fingir alguna cautela para burlarlos, y en su venida trujo tambien su ofrenda de oro, porque ya sabian todos, que sin traer aquello no habian de ser bien allegados. Este fingió que cerca de allí estaba un Cacique llamado Natá, la última lengua, el cual poseía mucha riqueza, y que no tenía gente sino poca, porque era señor de poca tierra, y ménos valor y autoridad; todo esto para que Badajoz y sus secuaces se descuidasen. Oido esto, con el ansia de la riqueza (porque el codicioso todo cree que es oro), creyólo, y envió 30 españoles y á Alonso Perez de la Rúa, por Capitan, y hechos sus

requerimientos entre sí, media legua de la poblacion, la noche antes, dan en ellos al cuarto del alba, según su costumbre ordinaria, y cuando comenzó á rayar el día víéronse en medio de grandes pueblos, porque era señor aquel muy grande; y porque si atrase tomaran, lo cual hicieran de buena gana por el miedo que cobraron de verse así burlados, pareciéndoles que les fuera mas peligroso, cobraron todos nuevo ánimo, y dan en el pueblo principal que estaba descuidado, y no acertaron tan mal que al señor del lugar no tomaron. Porque como llevaban siempre espías, y los atormentaban porque dijese la verdad, lo primero que les preguntaban y ellos declaraban, era por los señores y por sus casas, porque de aquellos esperaban más de aprovechar, ó porque se rescatasen, ó porque matándolos, entendian tener mayor seguridad. Preso el señor, creyeron ya estar en salvo y con todo el descuido que pudieran tener en sus casas; dándose solamente á robar el oro, que fueron hasta 10,000 castellanos, y prenden las mujeres y muchachos, que con la priesa no se pudieron ausentar, pero los vecinos de aquel pueblo y los demás, que en un credo fueron avisados, viendo preso á su señor, y á sus mujeres y hijos presos y encadenados, juntáronse con un hermano del señor, y vienen sobre ellos como toros bravos, lanzando infinitas varas, tiradas como dardos, y piedras, que por allí no tenían flechas, ni hierba, ni otras armas, salvo que por ventura, tenían las, como porras, que habemos dicho en esta isla Española llamarse macanas. Viéndose muy apretados, tomaron por remedio de se recoger con el mismo Cacique á su casa, pidiéndole las espadas á la barriga, diciendo que lo habían de matar si no les mandaba que cesasen. El cacique Natá, mostrando ira grande, los comenzó á reprender diciéndoles, que para qué tomaban armas sin su mandado. Oyendo aquellas palabras, al momento, como temblando dellas, todos pusieron en el suelo las armas, y cesaron de pelear, luego, el Alonso Perez de la Rúa, para justificar su buena obra, requirió al hermano del Rey é señor Natá, que viniese á la obediencia y reconocimiento del señorío del Rey de Castilla, pues todas aquellas tierras eran de su corona Real, por título que el Papa, á quien Sant Pedro dejó en su lugar, le dió dellas; pudiera confirmar lo que el ciego tirano decia, con los milagros que habían hecho, y por los que hicieron adelante. Respondióles aquel (que no entendía de sus des-

varios más de algún vocablo, que le diría Castilla ó hombre de Castilla, ó otra semejante palabra), que otro hombre ninguno no habían visto por aquella tierra, sino á ellos, y que si por ellas algún día pasara, de buena voluntad le dieran del oro que tenían y comida, y tambien le dieran mujeres; esto le respondió á su requerimiento el hermano de Natá, cacique. Finalmente, avisado Badajoz de lo que pasaba, fué luego á se juntar con ellos, otro día; diéronles 15,000 castellanos, y hicieronles tantos placeres y regalos el Cacique, y su hermano, con todos sus indios, y fuerón tan bien proveídos, que acordaron de parar allí todo el invierno; éste es por aquella tierra de muchas aguas pero no de algún frio. El asiento y poblacion principal de este señor Natá era junto á la mar del Sur, donde se asentó y hoy permanece la villa de españoles llamada Natá, la cual creo yo que por muchos años que allí ha estado, ha sido de toda ella muy poco servido Dios. Acabadas las aguas, prosiguen su romería, dan de noche, como solian, sobre un Cacique llamado Escolin, el cual prendieron con sus mujeres y le robaron 9,000 castellanos; y siempre quemaban los pueblos, como se ha dicho, y llevaban cuantos indios podian haber captivos. Prosiguiendo su descubrimiento, según ellos llamaban, estos caminos hácia el Occidente, llegaron á las tierras y señoríos de dos Caciques, el uno llamado Periqueten, que estaba cerca de la mar, y el otro dentro, cerca, que se nombraba Totonoga, que era ciego; éste les dió 3,000 pesos en joyas; y oro por fundir, en grano, y grano hubo que pesaba dos pesos, señal de tierra muy rica; y así toda aquella tierra, más de 200 leguas del Darien, arriba y abajo del, y aún sobre arriba de las dichas 80, riquísima de minas. Supieron estar otro señor más abajo, nombrado Tauracurí, el cual les dió ó le robaron 8,000 pesos. Pasaron de aquí á la tierra de un hermano del ya dicho, que llamaban Pananome, al cual como avisado fué que andaba por allí no hallaron, porque no osó esperarlos, sabidas sus nuevas, y habiase huido; destruyéronle todo su pueblo, y robaron cuanto haber pudieron, no supe si captivaron indios. Seis leguas de allí, mas al Poniente, fueron á otro llamado Tabor, no sé lo que aquí hicieron. De allí pasaron al pueblo del cacique Cherú, el cual los esperó y salió á rescibir, sabiendo que venian, y les ofreció 4,000 castellanos; castellanos y pesos todo es uno. Hasta éste, ú-

otro por aquí, postero lugar y tierra de señor, traia Badajoz robados, y dados por tenor, que es lo mismo, 80,000 castellanos ó pesos de oro, los cuales en aquel tiempo se estimaban y valian más que despues de descubierto el Perú, 400 y aún 500,000.

CAPITULO LXX.

Continúan las correrias de Gonzalo de Badajoz. Llega al pueblo de Cutara. Reprobados medios de que se valió para robar una gran cantidad de oro. Cómo cuenta este hecho Pedro de Mártir, cuya relacion se rectifica. De la ventajanza que tomó el cacique Paris, matando muchos españoles y quitándoles el oro y los esclavos que llevaban. De la tierra y señorío de aquel que dijimos postero Cacique, según la órden dicha, se partió Gonzalo de Badajoz y sus satélites al señorío y tierra llamada Pariza ó Pariba, que despues comunmente los españoles llamaron Paris, cuyo Cacique Rey y señor se llamaba Cutara. Este, sabiendo que los españoles venian sobre él como habían hecho sobre todos los otros, con toda la gente de sus pueblos se fué á los montes, poniendo las mujeres y hijos en cobro, como suelen hacer cuando tienen aviso que vienen sobre ellos de guerra; robando y matando como estos españoles venian. Como llegaron al pueblo principal de Paris ó Cutara, y no hallaron hombre, envió Badajoz, de la gente de la tierra que traía captiva, (porque hasta este lugar, 400 personas y por ventura más traía por esclavos), que lo fuesen á llamar, amenazándole que haria y aconteceria como había hecho y acontecido á los otros. El señor le envió cuatro hombres principales y un presente que ninguno tanto nunca á los españoles, ni por fuerza ni de grado había dado, y éste fué cuatro petacas llenas de joyas de oro, que dellas eran como patenas, que se ponian en los pechos los hombres, y otras como bazuletes, y otras menores para las orejas, y finalmente eran joyas que hombres y mujeres, para se adornar, tenían en uso; dijeronle de su parte los mensajeros, que su señor les decia que le perdonasen, que no podía venir á vellos por estar ocupado, y que rescibiesen aquel presente que sus mujeres les enviaban. Estas petacas que así las llaman en la lengua

de la Nueva España, suelen ser como unas arquetas de dos palmos en ancho, y cuatro al ménos en largo, y uno bueno en alto; son hechas de hojas de palma ó de cañas muy delicadas, ó de varillas delgadas, enforradas todas por de fuera de cueros de venados; destas usan en toda la tierra firme los indios, y en ellas tienen y llevan sus alhajas y cosas, como nosotros en nuestras arcas. Enviarles hía el Cacique en aquellas petacas, segun tuve entendido, 40 ó 50.000 castellanos. Vista tan gran copia de oro, enviada tan fácilmente y de gracia, imaginaron que alguna gran riqueza debía tener en sus casas; acordaron de hacer un embuste harto digno de los que en aquellas obras andaban: respondieron que se lo agradecían y que ellos lo ternian por muy amigo de allí adelante, y fingien que por donde habian venido se tornaban, é desde á dos noches, ó aquella misma, ó estando el Cacique donde á la sazón estaba, ó que ya se habia venido al pueblo y á su casa, volvieron los españoles á su cuarto del alba, y hablando á todos descuidados, diciendo con gran devoción "Santiago," pegan fuego á las casas. Van á prender al Cacique y saliéronsele dentre las manos; róbale á él y al pueblo otros 30 ó 40.000 castellanos, y la gente, mayormente mujeres, que pudieron atar algunas, con las espadas hechos pedazos: y esto tengo por verdad, porque de los mismos que en ello se hallaron, algunos, que estaban en la misma tierra del Darién por allí, me lo dijeron. Otros lo han contado de otra manera, que creo tener mucha parte de falsedad, conviene á saber, que Badajoz envió á decir al Cacique, con los principales que le trujeron el presente, que no se habia de ir de aquella comarca hasta que él se viese por vasallo ó contrario del rey de Castilla, y que, oidas tales palabras, el Cacique se indignó mucho, y recogidas sus gentes, vino sobre ellos. Cualquiera destas vías que se haya tenido, bien puede juzgar cualquiera discreto, de cuya parte está la justicia.

Pedro Mártir, como informado de los mismos delincuentes, porque fué el mismo Badajoz y otros sus compañeros, dice en su Década segunda, cap. 10, que llegando Badajoz descuidado con su gente y los 80.000 castellanos al pueblo de Paris ó Cutara, cacique, lo acometió y dió la guerra que abajo diremos; ésta es gran falsedad que ni áun tiene color ni cosa verisímil, porque teniendo derramada la fama de las crueldades y robos que venian haciendo por todas

aquellas provincias, llegando á tierra y pueblos de señor que áun no habia visto ni cognoscido y que siempre, á tormentos de los indios que traian presos, sabian el ser y poder de los señores que adelante estaban, ¿habian de venir tan descuidados que en casas tan ajenas habian de pensar estar sin aviso, como Pedro Mártir dice? y aunque dudamos que Pedro Mártir refiere con verdad lo que decian en Castilla, y no lo que él por sus ojos veia, por eso, en todo lo que dice en sus Décadas, cuando concurre favor de los españoles con perjuicio de los indios, ningun crédito se le debe dar, porque todo lo más es falsedad y mentira. Manifiesto es que Badajoz no le habia de decir la gran maldad y bellaquería que á Paris hizo, por que en la frente llevaba escrita su confusion, su desvergüenza é injusticia, por cualquiera que fuera hecho de las dos vías, y por aquella causa refirió el hecho de los desventurados indios, y enobrió el suyo, del cual las obras que de atras venia haciendo, que aun el mismo Pedro Mártir refiere, eran verídicos y suficientes testigos. Que Badajoz fuese el informador de Pedro Mártir en lo susodicho, fácil cosa es de creer, porque en Zaragoza de Aragon estuvo Badajoz el año de 518, cuando Pedro Mártir fué rescibido por del Consejo de las Indias, y yo fuí presente y lo vide.

Contando el hecho de Paris, fué de esta manera, que vistos y padecidos los daños que Badajoz le habia hecho, y el nefario desagradecimiento que por tan buena obra le habia tenido, juntó sus gentes todas, y á cabo de dos ó tres dias los alcanzó en uno de sus pueblos, que llevaban sus 130 ó 140.000 pesos de oro, que nunca hasta entonces se habian otros tantos, ni con la mitad juntos, visto, y escondidos en un monte, mandó el Cacique echar un indio como que á pescar ó cazar iba; ya sabia que luego le habian de prender y preguntar y áun atormentar como solian, si no les decian lo que querian. Tomado el indio, preguntáronle cuyo era y de dónde y cómo venia; respondió que de tal señor ó Cacique; preguntado por las preguntas generales, conviene á saber, si tenia su señor oro, respondió que mucho. Auerda Badajoz de ir con 40 hombres á salteallo, y andando toda la noche amaneció encima de unas chozas ó casas vacías. Viéndose burlado, de creer es que la gufa, como siempre lo acostumbraban, lo pagaria. Entre tanto, el cacique Paris, entendido que se habian partido, dió sobre los otros, pegando fuego á las casas

CAPITULO LXXI.

del pueblo, con 3 ó 4.000 indios, y con tanta priesa y grita, y alarido, y con ciertos cuernos ó caracoles grandes que hay en estas Indias, con los cuales hacen gran estruendo, que ántes que los españoles se meneasen, los habian todos ó los más muy mal herido, y si no llegara luego Badajoz, no hallara hombre dellos vivo. Dieron en ellos por muchas partes, y así, cuando los españoles á una parte se retraian ó recogian, por las espaldas les daban los otros que por allí venian. Tomaron por remedio los muertos de juntarse todos en la plaza del pueblo, y aunque se defendian, pero con mucha flaqueza y desmayo, por los muchos que caer muertos veian; cercanlos los indios con leña y paja, para poner fuego y quemallos vivos, entónces, viéndose tan cerca de ser todos perdidos, cercanse como de albarradas con los cuerpos de los muertos, españoles é indios; no les ayudaban, por las infinitas varas que los españoles tenian en los cuerpos, para escudarse, porque estorbaban á las que de nuevo se tiraban á los vivos. Cobró Badajoz gran vigor contra los indios, viéndose tan cerca de perderse, y dando en ellos, como si de nuevo viniera, y cortando por medio, con su espada, los cuerpos desnudos, lo mismo haciendo algunos pocos que no estaban heridos, de tal manera que se apartaron los indios. Lleváronles todo el oro y 400 indios que llevaban por esclavos, y la ropa con todo el fardaje que tenian, de que quedaron más tristes. Quedaron allí 70 españoles muertos, y los 80 heridos, todos sin esperanza de vida; tenian algunos tres, y cuatro, y hasta once varas metidas en los cuerpos. Usó Badajoz de un buen remedio de cirugía, que fué coser las heridas, tan bravas eran, no con agujas, ni hilo de lino, sino con almaradas y cordeles gruesos, y de los indios muertos sacado el unto, quemólas con ello en lugar de aceite; desnudáronse las camisas, y rompidas hicieron vendas dellas, con que las ligaron, y desta manera guarnecieron muchos que quasi toda la esperanza de vivir tenian perdida.

Retrase Gonzalo de Badajoz siendo atacado en su camino por el cacique Natá.—De cómo el cacique Chame le prohibió entrar en su territorio proveyéndole de cuanto necesitaba.—De las violencias y robos que cometió en la isla de Otroque.—Detiénese en la isla de Taboga durante 30 dias mientras acabaron de sanar sus heridos.—Palabras notables de Tobilla.—De lo que hizo en los pueblos del cacique Chepo.—Llega al Darién.—De cómo fué recibido en Castilla por el obispo Fonseca.

Hecha esta cura, como ningun remedio tenia sino huir, tomó por allí ciertas canoas, y echó en ellas Badajoz los más peligrosos heridos, y él y los ménos lastimados, y algunos del todo sanos, fuéronse por la playa junto á la mar para socorrerlos en lo que se pudiesen, si les ocurriese algun peligro; y aunque ellos, por ir por tierra, parecia que iban sin él ó con ménor que ellos, todavía se les ofreció peligro y trabajo con que fueron harto afligidos. Como por aquella costa del Sur crece tanto y mengua el agua de la mar, creció tanto una noche que los que pudieron subirse á los árboles tuvieron ménos un poco de afliccion y tristeza, y los que no, anduvieron en el agua salada hasta la cinta, de donde se les enconaron las heridas y así vinieron á morir. Yendo su camino adelante, con tan atribulada y amarga vida como cualquiera podrá concebir, sabido su desbarato, el Cacique y señor de Natá, que en el capítulo 68 mostramos haber preso á él y á sus mujeres Alonso Perez de la Rúa, saliéronse con su gente armada al camino para del todo consumillos, al cual envió Badajoz á decir que por qué le salia de guerra, pues lo tenia por hermano y amigo, respondió el Cacique: "andad, decidle que no es mi hermano ni amigo, porque él y todos los cristianos son malos y nuestros enemigos," y junto con las palabras, él y su gente comienzan á les echar infinitas varas y piedras que los cobrian. Badajoz y los suyos, sacando fuerzas de harta flaqueza que traian, como no tenian otro remedio, mostrándoles cara, y por no esperar el golpe de las espadas, daban consigo en el rio que por allí iba, tornaban luego á salir é á tirar sus piedras y varas con que los afligian y herian; tuvieron por cierto que los acabaran si la noche no sobreviniera. No pudiendo tres de los heridos caminar, los sanos se los echaron á

cuestas y los llevaron hasta que, no pudiendo ir más adelante con ellos, hicieron ciertas balsas y por el río abajo fueron á dar á la mar, donde las canoas iban, que no fué poca dicha.

Caminando adelante, siempre huyendo por mar y á veces y las más por tierra, llegaron á tierra del Cacique Chame, que como estaba de sus obras informado, les ocurrió con su gente desnuda y desarmada, puesto que con sus armas de varas y piedras, y hizo una raya jurando y protestando que los había á todos de matar, si de allí pasaban, pero que él les mandaría dar lo que hubiesen menester y en abundancia. Ellos que traían más ganas de comer y descansar que de pelear, recogieronse á la costa de la mar, y él les mandó proveer y fueron proveídos de cuanto en la tierra había, como si estuvieran en sus casas; y por que llegaron en parage de la isla llamada Otroque, que está en la mar dentro, trece ó 10 ó 12 leguas, de que había gran fama ser rica de perlas y oro, como por el buen tratamiento y provision que el cacique Chame les hacía, tuvieron allí algún poco de reposo, no dejó perder aquel tiempo y pasólo en ocio al Gonzalo de Badajoz su ferviente y desatinada codicia de robar, porque pospuesta la cura y salud de los muchos heridos que iban en las canoas, hicieron allí desembarcar y entra en ellas con 40 otros ladrones de los más sanos, y pasa á robar y destruir la dicha isla, la cual estaba en su paz. Dando de noche sobre ellos, prendió luego al Cacique; los indios, creyendo que eran otros indios sus enemigos, que habían pasado de la tierra firme, armáronse contra ellos, pero cuando se vieron desbarrigar y cortar por medio con las espadas, cognoscieron que otros de mayores ó de más recias armas los maltrataban, y luego los que pudieron, dieron á huir. Rescatóse el Cacique por cierta cantidad de oro, no supe cuanto, y dejélos Badajoz así lastimados, y tornóse á donde los heridos había dejado.

Pasando adelante, como luego voló la fama que venían desbaratados, todos se atrevían á ayudar por acaballos, y llegaron á la tierra de Tabóga, salió con obra de 300 hombres, y peleó con los nuestros por un buen rato, y al fin pasaron adelante, y entrando en el señorío de Perequete hizo lo mismo, pero, lastimándolos mucho con las espadas, hiriendo y matándolos, desembarazaron la pasada. Llegando que llegaban á un ancon que hace por aquella

costa la tierra en la mar, que llamaron el Ancon de las Almejas, de donde se ve la isla de Tabóga, la sílaba del medio lengua, que podrá estar ocho ó diez leguas en la mar, tomóle su codicia á Badajoz, que lo traía atraillado, y determinó de pasar también á ella por desholinar el oro y perlas que haber en ella, estimaba. Entra en las canoas y saltea la isla de Tabóga, estando todos los vecinos della, y prende al Rey ó señor della, y habidas sus primeras batalluelas con los indios, que son como escaramuzas de niños siempre por la mayor parte, al cabo el Cacique suelto, y por miedo ó por vergüenza todos asegurados, estuvo allí treinta días á todo su placer holgándose; y allí acabaron de sanar los que traía heridos, y con 7,000 pesos de oro y muchas y finas perlas dadas y robadas, se volvió á la tierra firme para proseguir á acabar para el Darien su jornada. Deste Badajoz dice Tobilla, que escribió parte deste su viaje, siendo seglar, y que después anduvo en los robos y destrucción en parte de aquellas regiones, á los dichos semejantes, entre tanto Badajoz con 40 compañeros pasó á robar la insula de Otroque: "Traían tanto estruendo de robar la riqueza que estos insulanos, sin daño de nadie, tenían, que recogidos mas de 200 dellos, creyeron ser sus enemigos de la tierra firme, acudieron á herillos." Dice también más abajo: "Cosa brava era la codicia deste caudillo español, pues, en medio de la persecucion con que huía, viendo desde el Ancon de las Almejas la insula de Tabóga, pasó contra ella por el maldito oro, etc., etc." Estas, en forma, son sus palabras, sin añadir ni quitar alguna.

Salido á la tierra firme, como dicho es, fué á dar en los pueblos del cacique Chépo, en los cuales robó y prendió muchas mujeres y hijos de los naturales, y quizá también suyos, el cual, estando ellos partiendo su cabalgada, vino con su gente y dió en ellos con gran impetu, y hirió algunos y mató á Alonso Perez de la Rúa, porque pagase la prision de Natá y las tiranías que por allí hizo, como en el capítulo 68 queda relatado. Temiendo Badajoz que tornase sobre él, se dió prisa con la cabalgada de salir de aquellos límites, dejando los pueblos de allí, por tomalles sus mujeres y hijos, tan lastimados, entró en las términos de Tubanamá y Pocosora, los cuales halló todos despoblados, por andar por ellos el licenciado Espinosa, haciendo estragos, por mandado del Sr. Pedrá-

rias. Finalmente, llegó al Darien Badajoz y el resto de la gente española que le había quedado, y entró en la villa, sin darme el triunfo de lo que había ganado, antes con harta vergüenza y aun lástima de su corazón, por la gran suma de oro y perlas que Paris con tanto daño le había tomado, y con no menos tormento de Pedrárias, y de todos los del Darien, de que supieron su desastre. Acuérdomé que aquel año que dije de 518, que todos nos hallamos en Zaragoza, era público entre todos los que idos destas Indias allí estaban, que había dicho el obispo de Burgos, Fonseca, (que como se ha escrito muchas veces, era el que todas las Indias meneaba y gobernaba), al Gonzalo de Badajoz, que merecía que el Rey le cortara la cabeza, porque había perdido aquellos 100,000 y tantos castellanos que había tomado, los cuales ya pertenecían á España. Mirad qué insensibilidad del señor Obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca, como se dolía de de los escándalos, robos, muertes y infamia de la fe y religion cristiana que había hecho en aquel camino con perdición de tantas ánimas! y esto bien se lo mostraba el Obispo á Badajoz porque yo le víde andar harto pobre, desfavorecido, arrastrado tras el Obispo, y desventurado, y que no osaba mirar al Obispo en la cara, ni el Obispo á él lo miraba.

CAPÍTULO LXXII.

Saló Pedrárias con el pretexto de ir á hacer la guerra á Pocosora y otros señores, á buscar á Francisco Becerra.—Averigua su muerte.—Manda al licenciado Espinosa que vaya á destruir á sangre y fuego la provincia de Pocosora.—Hace construir una fortaleza y se torna al Darien.—Envía á Valenzuela con 130 hombres de refuerzo á Espinosa.—Crueldades que éste cometió en la tierra de Comogré y Pocosora.—De la notable carta que sobre esto escribió fray Francisco de Sant Roman, la cual fué mostrada por las Casas al gran Canciller.—Prosigue Espinosa su obra de destrucción encaminándose á la tierra de Cutara.

Después que Pedrárias despachó á Gonzalo de Badajoz, cuya historia hemos contactado, siempre tenía cuidado de la muerte ó vida de Francisco Becerra, y estaba dudoso que fuese verdad lo que dél le había

dicho el muchacho, y, con esta duda y deseo de saber la verdad, determinó de ir él mismo á buscarlo, ó al menos saber lo cierto de su tardanza; pero porque ninguno de los del Darien osaba pensar en ir á Urbá ni hacia el Cenú, por miedo de la hierba, que en un momento los heridos con ella mataba, por lo cual todos habían de rehusar la jornada, quiso por esta cautela engañarlos y así sacarlos. Mandó apregonar guerra contra Pocosora y otros señores de aquellas provincias, y sus gentes á fuego y á sangre, como á gentes rebeladas, cosa muy al sabor de todos los del Darien, y que deseaban. Nótese aquí, por los prudentes y que fueren cristianos, con qué título y causa se podía decir ser Pocosora y sus gentes y los demás rebeldes, siendo señores naturales de aquellas tierras y no se haber sometido á ninguno del mundo, ni aun pudiéndolo hacer sin voluntad de los pueblos, ni consentimiento de ellos, que cualquiera de las partes, sin aceptación de la otra, si lo hiciera, caían en mal caso como arriba se ha declarado; y en esto han errado enormísimamente los Consejos del Rey, despachando algunas provisiones contra los indios, que, sin haber oído palabra, estando de guerra, defendiéndose de los españoles y de sus crueldades, de rebeldes los notaban, teniendo en sus mismas leyes comunes y en sus doctores legistas que ninguno que no haya sido súbdito puede ser dicho rebelde, ni de rebelión notado. Item, se debe notar, que aunque fuera cierto que aquellas gentes se hubieran jurídicamente sometido al imperio de los Reyes de Castilla (lo cual nunca en todas las Indias fué verdad), habiéndolo rescibido el rey Pocosora y sus gentes, y los demás, tan grandes y tan irreparables daños, y males de Juan de Ayora y de los otros, sobre haber hecho tantas y tan buenas obras á Vasco Nafiez y á sus secuaces, como parece en el cap. 61, porque estuviesen puestos en armas y matasen á cuantos españoles pudiesen matar, podían llamarse rebeldes y alzados? Pero ya queda dicho en muchos lugares la causa de estos hierros, que fué la gran vegeancia del Consejo siendo obligados á no lo ignorar. Así que, oído el pregon, todos se holgaron por la esperanza, que luego se prometieron, de robar el oro que creían tener aquellos señores, y por hacer esclavos, y así se ofrecieron á ir con él 300 ó más hombres; y embarcados en tres ó cuatro navíos, vueltas las proas hacia el Poniente, hasta que fué de noche, porque los pilotos